

LOS QUE SUBIERON

L.L.L

Juanjo

Nunca pensé que acabaría huyendo.

Yo, que siempre había creído en el orden, en las normas, en los procedimientos. En que todo tenía una solución jurídica. Pero cuando las noticias dejaron de ser noticias y empezaron a ser sirenas... entendí que aquello ya no era un conflicto lejano.

La guerra entre Irán y Estados Unidos había dejado de ser una pantalla. Valencia ya no era una ciudad; era un lugar vulnerable.

Cargamos el coche en silencio. Lucía metió ropa, comida, agua... yo metí documentos. Escrituras, contratos, papeles absurdos que ya no valían nada. También cogí una fotografía: los tres en la playa de Sueca. Pensé que allí, donde íbamos, el salitre ya no importaría.

—Lucía, ¿para qué coges agua? Vamos al pueblo de las cien fuentes —le dije.

Salimos de madrugada.

Al llegar a la gasolinera del desvío hacia Camarena de la Sierra, nunca había estado tan llena. Coches y camiones hasta donde alcanzaba la vista. Familias, parejas, gente sola... todos con el mismo gesto: el de quien no sabe si está escapando o simplemente retrasando lo inevitable.

—¿Crees que estaremos seguros allí? —preguntó Lucía.

Miré al horizonte, donde la sierra se dibujaba como una promesa.

—Allí... al menos podremos pensar.

Pero no lo dije en voz alta: *pensar quizá ya no servía de nada.*

Lucía

Lo supe cuando dejé el carrito del bebé.

Lo dejé en el trastero, no cabía en el coche. Y en ese momento entendí que no estábamos haciendo un viaje... estábamos abandonando nuestra vida.

El niño dormía atrás, como si no se enterara de nada. Mejor así.

En la radio solo se oían fragmentos: “ataques... represalias... interrupción del suministro... evacuaciones...”. Palabras que antes eran lejanas ahora tenían una diana: nuestro hogar.

Miraba a la gente en los coches. Despedidas, risas, llanto, encrucijadas... Había una mujer con un perro, abrazándolo como si fuera un hijo. Un hombre solo, con la mirada perdida. Un grupo de jóvenes riéndose... demasiado alto, demasiado nervioso.

—Quita ya eso, joder. —le dije a Juanjo mientras apagaba la radio.

Prefería el silencio.

Cuando empezamos a subir hacia Camarena, el aire cambió. Más frío. Más limpio. Raro.

Pensé: *quizá esto sí es un refugio.*

Pero entonces vi algo que me inquietó.

La Guardia Civil no estaba en la gasolinera del desvío como habitualmente. Estaban yendo carretera abajo, junto con un convoy militar.

No subiendo.

Bajando.

Sergio

Siempre dije a mis alumnos que la historia no se repite... pero rima.

Y ahora, mientras conducía hacia Valacloche, me odiaba por haberlo explicado tan bien.

Porque lo estaba viendo en directo.

Colapsos, migraciones internas, gente huyendo hacia lo rural... exactamente como en tantos episodios que había enseñado en clase.

Pero hay algo que no enseñé nunca: el miedo real no es el de morir. Es el de no entender.

La gente subía a la sierra como si fuera un santuario. Como si la montaña protegiera de los misiles.

Error.

La guerra moderna no entiende de refugios.

Pasé junto a un coche parado. Una familia discutía. El padre gritaba que no había gasolina suficiente. La madre lloraba.

Seguí adelante.

No ayudé.

Y eso fue lo que más me dolió.

Porque comprendí que lo primero que muere en una guerra... no es la gente.

Es la ética, el civismo, la solidaridad.

Marta

Llevo años viviendo en Camarena de la Sierra.

Aquí el tiempo no pasa... se repite. Invierno tras invierno. Coches cargados de esquís, niños corriendo, padres con prisa, risas, caídas, cafés calientes. Senderistas, turistas llenando garrafas en la fuente de la plaza, nostálgicos de un balneario ya cerrado. Siempre lo mismo.

Por eso noté que algo iba mal incluso antes de ver el primer coche.

Luego otro.

Luego cinco.

Luego una fila continua que no se rompía nunca.

No eran turistas. No había risas. No había prisas.

Solo caras tensas, maleteros abiertos, mantas, bolsas mal cerradas.

Una mujer bajó con un niño dormido en brazos y miró alrededor como si hubiera llegado tarde a algo.

—¿Dónde...? —empezó a decir.

Pero no terminó la frase. Porque detrás de ella ya venían más. En pocas horas, aquello parecía un éxodo.

Intenté organizar algo. Abrir zonas, repartir mantas, encender lo que se pudiera.

—No hay sitio suficiente para todos, habilitaremos la iglesia —dijo el Alcalde.

Entraban en la iglesia como si fuera un refugio antiaéreo. Como si las paredes pudieran protegerlos de algo que ni siquiera entendían. Ni siquiera en la misa baturra de las fiestas había tanta gente en la iglesia.

Traían comida. Traían recuerdos. Traían miedo.

Uno me cogió del brazo con fuerza.

—Aquí estaremos bien, ¿verdad?

Lo miré. Tenía los ojos rojos, como si llevara horas sin parpadear. Abrí la boca para responder... pero no salió nada. Porque entonces recordé la llamada.

Había sido por la mañana. Muy temprano.

Un número desconocido. Sin identificación.

—Activen el protocolo de acogida. Están viniendo.

El registro (Juanjo)

Nos hicieron salir de la iglesia al amanecer. Sin gritos, sin armas a la vista. Solo miedo y orden.

Unos focos iluminaban una zona vallada. Mesas plegables. Generadores. Ordenadores. Gente con chalecos... no todos militares.

—Documentación —dijo uno, sin mirarme.

Le di el DNI casi por inercia.

Detrás de mí, Lucía sostenía al niño. Sergio estaba unos metros más allá. Marta discutía con alguien.

Entonces lo vi.

No estaban comprobando quiénes éramos.

Estaban clasificando.

Pantallas con datos. Listados que cambiaban de color. Personas dirigidas a filas distintas.

Una mujer preguntó:

—¿Qué está pasando?

Nadie respondió. Pero yo lo entendí.

Porque uno de los hombres leyó en voz alta, sin darse cuenta de que le oía:

—Perfil jurídico... válido.

—Formación técnica... válido.

—Sin cualificación específica...

No terminó la frase. Simplemente señaló hacia otra fila.

Sentí cómo Lucía me apretaba el brazo.

—Juanjo... ¿qué significa esto?

Miré a nuestro hijo. Dormía.

Pensé en todo lo que había defendido. En derechos. En igualdad. Y por primera vez... no supe mentir.

—Significa —dije despacio— que no todos estamos aquí para lo mismo.

Un foco se encendió al fondo. Dos caminos. Nadie explicó nada. Pero todos lo entendimos.

Y nadie preguntó en voz alta en qué fila estaba su hijo.